

- llevarte todo el favor.
- SIMÓN. ¿Qué dice tu letra, hermano,
quésta llena está de amor?
- MENAND. «Ya no tengo más que dar,
pues te doy el corazón;
mas con aqueso, garzón,
no te tienes de gloriar,
ni mostrar más presunción.»
¡Oh, señal nada imperfeto
de la pastora Cilenal!
- SIMÓN. ¡Oh, empresa de mi pena!
- MENAND. ¡Oh, espejo de mi objeto!
- SIMÓN. ¡Oh, voz quen mi alma suena!
¡Oh, rostro más que hermoso!
- MENAND. ¡Oh, pastor bien fortunado!
- SIMÓN. ¡Oh, retrato delicado!
- MENAND. ¡Oh, corazón amoroso,
qué de contento me has dado!
Dejemos nuestro altercar,
Simón, que si vas contento,
yo voy más que recontento.
- SIMÓN. Yo sin más que desear
de alma y de pensamiento.

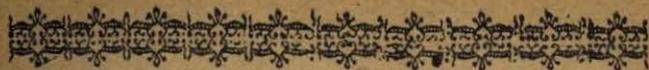
FIN DEL COLLOQUIO

COLOQUIO EN VERSO¹

Si el recontento que trayo
venido tan de rondón
no me lo abraza el zurrón,
¿cuáles nesgas pondré al sayo
ó qué ensanches al jubón?
Y si al contar lo extremeño
con un donaire risueño
ayer me miró Constanza,
¿qué turba habrá ya ó mudanza
que no la pase por sueño?
Esparcíos, las mis corderas,
por las dehesas y prados;
mordey sabrosos bocados,
no temáis las venideras
noches de nubros airados,
antes os anday exentas
brincando de recontentas.
No os aflija el ser mordidas
de las lobas deshambriadas,
tragantonas, mal contentas;
y al dar de los vellocinos
venid siempre no ronceras

¹ Fragmento que Cervantes cita é inserta en su comedia *Los Baños de Argel*.

rumiando por las laderas
 á jornaleros vecinos
 ó al corte de sus tijeras,
 que él sin medida contento,
 cual no abarca el pensamiento,
 os librára de lesión
 si al dar el branco vellón
 barruntáis el bien que siento.
 Mas ¿quién es este cuitado
 que asoma acá entelerido,
 cabizbajo, atordecido,
 barba y cabello erizado,
 desairado y mal erguido?



Comedia llamada discordia, y que-
 stion de Amor, en la qual se trata en subido metro, y con-
 ceptos muy sentidos, la inconstancia de Amor, y sus varia-
 bles efetos. Son interlocutores las personas siguientes. Dos
 Pastores, Salucio, y Petronio, y dos Pastoras, Leonida,
 y Siluia, el Dios de Amor, Diana, Diossa de la Ca-
 stidad, Belisa Ninfa, vn Bouo. Compue-
 sta por Lope de Rueda, Repre-
 sentante.



CON LICENCIA DEL ORDINARIO.

En casa Sebastian de Cormellas, al Call, Año, de 1617.

Vendense en la mesma Emprenta.

COMEDIA LLAMADA
DISCORDIA Y QUESTIÓN DE AMOR

ARGUMENTO

Muy generosos señores :
nuestro muy sublime autor,
trae una Comedia de amores
llamada *Cuestión de Amor*,
entre Amor y unos pastores.
Y primero entra un pastor,
lamentando el desamor
de Leonida, una pastora
por quien Amor se enamora,
á morir del mal de amor.
Otro pastor, namorado
de Silvia, le topará,
y entre ellos se tratará
el muy penoso cuidado
que Cupido á entrambos da.
Pues las pastoras llegadas,
y sus penas relatadas
gustarán de una cuestión,
do verán el afición
de entrambas partes mudada;

y viendo el cruel dolor
y las rabiosas pasiones
que pasan sus corazones,
determinan de ir á Amor,
que mude las aficiones.
Y habiendo ante Amor llegado,
al cual hallaron atado
por mano de Castidad,
le cuentan con brevedad
su doloroso cuidado.
Y el Amor da por sentencia
que se estén con su pasión,
cada cual en su afición,
y á todos sin resistencia
pone Cupido en prisi6n.
Los que fueren amadores
gustarán destes amores,
y el que no supiere amar
con silencio, que es callar,
gustarán de otros primores.
Que el autor les trae guisados
manjares que vendrán justos
á todos cualesquier gustos,
pollos, gallinas, faisanes,
vaca para los robustos.
Y si en la recitaci6n
hay falta, pido perd6n,
y para mayor enmienda
al necio suelto la rienda
y al sabio pido atenci6n.

JORNADA PRIMERA

Son interlocutores : SALUCIO y PETRONIO; LEONIDA y SILVIA.

SALUCIO. Si aquestas selvas amasen
y lo que siento sintiesen,
antes pienso se secasen
por muy verdes que estuviesen.
Dime, Leonida pastora,
más que leona cruel,
¿por qué no has lástima [á] aquel
que te quiere, ama y adora,
como amador que es fiel?
Contempla que á mis ganados,
cabras, corderos y ovejas
les duelen tanto mis quejas
que no pacen los ganados
del ansia como me dexas.

PETRONIO. ¡Hola, Salucio, zagall!

SALUCIO. ¿Quién me llama? Si es la muerte
dichosa sería mi suerte.

PETRONIO. Nunca Dios lo quiera tal.
Sosiega tu mal tan fuerte.

SALUCIO. Petronio, tu venida ¹,
sea en próspera llegada.

PETRONIO. Salucio, en tal sea tu estada.

SALUCIO. Petronio, di qué venida
es esa aquí á mi majada.

¹ Falta una sílaba si no se lee «Pe-tro-ní-o».

PETRONIO. Salucio hermano, el deseo
que he tenido de te ver;
y aquel supremo placer
de ver mis pies do los veo,
hacen rostro al padecer;
porque aunque el pensamiento
dentro el alma está esculpido,
unido con el tormento
[en] tanto contentamiento
da libertad al sentido;
y no por huir de amor,
que está fixo y arraigado;
mas parece que aliviado
queda en contar su dolor
á aquel que vive penado.

SALUCIO. Ya, Petronio, compañero,
ves lo que Silvia te cuesta,
y yo por Leonida muero;
desesperas, desespero,
que sólo morir nos resta.
Silvia te tiene cautivo,
Leonida á mi aprisionado;
por Silvia mueres penado,
yo sin Leonida no vivo,
pues muero desesperado.
Por ellas, de los ganados
ni de nada hacemos cuenta;
olvidamos sotos, prados,
que sólo á entrambos sustenta
el estar bien empleados.

Y no niegues ser razón
dejar el silvestre oficio;
mas muero no ver indicio
de que ha de haber galardón
nuestro pequeño servicio.
Porque, puesto que ponemos
y nos tengan tan rendidos,
será bien que deslindemos
si somos dellas queridos,
así como las queremos.
Para aquesto he holgado
toparte en esta pradera,
porque ya como avisado,
de lo de atrás desespera,
remedie lo que se espera.

Y pues nuestro dolor crece,
busquémoslas en los prados
y sepamos, pues se ofrece,
si vivimos engañados.

Petronio, ¿qué te parece?

PETRONIO. Puesto he tenido el sentido
con corazón varonil,
y en lo que te has resumido
entiendo que nada ha sido
tu plática pastoril.
E yo estoy también en ello
cuanto tú puedes estar;
muero tanto por sabello
que me quita el esperar
que espere ver el fin dello.

No porque hay desconfianza
 en este firme querer
 hasta las vidas perder;
 mas donde hay poca esperanza
 resta mucho que temer.
 Así que en respuesta doy
 que arderé en tu mismo fuego
 y que cual estás estoy;
 si tú mañana, yo hoy;
 si tú otro día, yo luego.

SALUCIO. Jamás se ha visto en amores
 tan aflito pensamiento
 que á unos ilustres pastores
 hiere amor de dos amores,
 sufriendo un mismo tormento;
 y pues siempre en el penar
 busca uno á otro el medio
 para podello hallar,
 cumple la afición buscar
 para cumplir su remedio.

PETRONIO. Pues, Salucio, caminemos;
 tiende el paso apresurado,
 vamos do está su ganado,
 que cierto las hallaremos
 al resquebrajo del prado.

SALUCIO. Vamos, que yo propondré
 con mi rústica cabeza
 lo que verás que diré,
 hablando por mi firmeza,
 retenéndome en mi fe.

PETRONIO. Salucio, ya cerca estamos,
 aunque lejos de esperar
 remedio á nuestro penar.

SALUCIO. Ves, Petronio, á quien buscamos
 do yace en el tomillar.

PETRONIO. Salucio, ya las diviso;
 juntas allá van al prado;
 hacia acá han enderezado.
 Salucio, ten buen aviso
 en el hablar avisado.

SALUCIO. Leonida y Silvia hermosas,
 más que aguas cristalinas,
 diosas y ninfas divinas,
 más blancas que blancas rosas
 y más ásperas que espinas.
 Pastoras á quien dotó
 de tanta gracia natura,
 que se corrió la ventura
 de ver que á vosotras dió
 todo el resto en hermosura.
 En lo que diré perdón
 concedé, pues veis que niega
 el sosiego y la pasión,
 y más que la afición ciega
 á toda humana razón.
 Bien entenderás de mí,
 Leonida, si te he querido,
 y Petronio está perdido,
 pastora Silvia por tí,
 como tienes entendido.

Y bien veis que hemos gastado
nuestro tiempo en vuestro amor,
aunque todo cotejado
con vuestro mucho valor,
es hablar en excusado.

Porque aunque nuestro tormento
padezca sin confianza,
si se echara en una balanza ¹,
con vuestro merecimiento
ninguna pesa le alcanza.

Y si más claro queréis
que la afición declaremos,
séllese estos dos extremos,
si es así que no tenéis
aquel amor que os tenemos.

LEONIDA. Habla, Silvia.

SILVIA. No haré,
que no hay qué, ni á eso vengo.

LEONIDA. Yo tampoco no hablaré,
pues, Silvia hermana, mi fe
do ha de estar puesta la tengo.

SILVIA. Pues yo no tengo que hablar
sino lo que tú has hablado,
que mi amor ya está fijado,
Leonida, donde ha de estar;
nadie no viva engañado.

¹ Verso largo. Podía ser :

ó bien :
Si se echa en una balanza,
Si se echara en la balanza.

LEONIDA. Pues, ¡sus!, yo quiero hablar.
Pastores, esta llegada
pudiera ser reservada,
pues no hay para qué cansar
en cosa tan excusada.

SILVIA. Vuelve, que esa es mi intención,
que si es así que tenemos
mal rendida la afición,
luego la rescataremos
con prendas del corazón.

PETRONIO. Y si nuestro pensamiento
funda en falso su querer,
declarádnoslo al momento;
tendrá cuenta el padecer
de hoy más con el sufrimiento.

LEONIDA. Salucio, ya está entendido
y por nosotras mirado
el tiempo que habéis gastado,
y si vos habéis querido
y perfectamente amado.
Mas es de tal suerte Amor,
tan pesada su cadena,
y es tal su fuerza y vigor,
que hace amar al amador
do no se sienta su pena.
Y si queréis conocer
si es traidor ó lisonjero,
en esto lo podrás ver
que te hace por mí perder,
y yo por Petronio muero.

- SALUCIO. Leonida mía, yo sé
no querrá Petronio aquesto
ni lo ¹ tal consentiré.
- PETRONIO. No, porque ya yo mi fe
y querer en Silvia he puesto.
Leonida, ninfa muy casta,
mira el que muere por ti;
no lo deseches así
que á mí mi Silvia me basta.
- SILVIA. ¿Tuya me llamas á mí?
- PETRONIO. Mía, pues que por ti muero.
- SILVIA. ¿Tan por tuya me has ganado?
- PETRONIO. Sí, porque ser tuyo espero.
- SILVIA. Pues vives muy engañado,
que yo á mi Salucio quiero.
- PETRONIO. ¿Cuál Salucio?
- SILVIA. Este pastor.
- SALUCIO. Yo no te quiero, pastora,
que Leonida es mi señora.
- LEONIDA. No soy tal, que es mi señor
Petronio y en mi alma mora.
- SALUCIO. ¡Leonida!
- LEONIDA. ¿Qué es lo que quieres?
- SALUCIO. Que aflojes mi gran tormento.
- LEONIDA. No lo tengo en pensamiento.
- PETRONIO. Silvia, siente que me hieres.
- SILVIA. No medre ya si tal siento.
- PETRONIO. Zagala, quítate allá,
no seas desmesurada.

¹ Quizá deba leerse «yo».

- SALUCIO. Leonida, llégate acá.
Di, Petronio, ¿qué será
aquesto?
- PETRONIO. Estoy espantado.
¡Ah, Silvia, muéstrame amor.
- SILVIA. Salucio, ¿quieres hablarme?
- SALUCIO. Leonida, ¿quieres matarme?
- LEONIDA. Petronio, sin tu favor,
pienso quieres acabarme.
- SALUCIO. Mi Leonida, que desmayo.
- PETRONIO. Silvia, que muero por ti.
- LEONIDA. Vednos entrambos aquí,
mas no me enciende tu rayo.
- SILVIA. Ni el tuyo Petronio á mí.
- PETRONIO. ¡Oh, falso traidor Amor,
robador de gloria ajena!
¿Es posible, di, traidor,
que sienta por mí dolor
quien á mí no me da pena?
- PETRONIO. ¡Oh, Amor falso y lisonjero,
malo y de mala nación!
¿Es posible, odioso y fiero,
que á quien no quiero me quiera ¹
y no me quiera quien quiero?
- SILVIA. Silvia, das voces al viento.
- SALUCIO. Leonida, pastora.
- LEONIDA. ¿Qué?
- SALUCIO. Que mires á mi gran fe

¹ Este verso no rima con «nación».

- y á mi sobrado tormento.
 LEONIDA. Ele yo, no miraré.
 SALUCIO. ¿No me quieres?
 LEONIDA. Sí, pastor.
 SALUCIO. ¿Cuándo?
 LEONIDA. Cuando tiempo hubiere.
 PETRONIO. ¿Y tú?
 SILVIA. Cuando Amor quisiere.
 PETRONIO. ¿Y si nunca quiere Amor?
 SILVIA. No salir de lo que quiere.
 PETRONIO. Pues Salucio, ¿qué haremos?
 SALUCIO. Ya ves, Petronio, penamos.
 PETRONIO. Pues alto, Salucio; vamos
 ante Amor y deslindemos
 si permite que muramos.
 SALUCIO. Vamos, y contarle hemos
 la pena y desasosiegos
 que con su fuego pasamos.
 PETRONIO. ¿Cómo hemos de ir?
 SALUCIO. Ciegos,
 pues que cegado nos han ¹;
 ciegos, que ciegos quisimos;
 ciegos, que ciegos amamos.
 PETRONIO. Pues alto, sus, caminemos;
 que pues que ciegos vivimos
 ciegos conviene muramos ².
 SALUCIO. Ciegos, porque si dijere
 que cómo vamos sin ver,

¹ La quintilla que antecede es muy defectuosa.

² También ésta es imperfecta.

- le podamos responder
 que harto ciego es quien quiere
 do no le quieren querer.
 PETRONIO. Pues, Salucio, caminemos.
 SILVIA. Aparejaos de paciencia;
 tened en mucho esta clemencia ¹,
 que ambas os adiestraremos
 hasta estar en su presencia.
 PETRONIO. Hágase así, pues lo manda
 quien causa nuestros enojos:
 Silvia, toma estos despojos
 con esta mísera banda
 con que me tapes los ojos.
 Ciégame, pues me cegaste.
 SILVIA. ¿Aprieto mucho, garzón?
 PETRONIO. Silvia [de] mi perdición,
 con más fuerzas apretaste
 el ñudo á mi corazón.
 SILVIA. ¿Estás bien?
 PETRONIO. Muy bien, muy bien;
 bien del bien de mi deseo,
 adiéstrame que no veo.
 SILVIA. Trábate deste cayado ².
 PETRONIO. Trabado estó, á lo que creo.
 SALUCIO. Leonida, átame á mí.
 LEONIDA. ¿Estás bien desta manera?
 SALUCIO. Muy bien, loba carnísera;
 mejor si cuando te vi

¹ Probablemente se escribiría «ciencia».

² Este verso no rima.

- desta manera estuviera.
 LEONIDA. Salucio, prende el cayado.
 SALUCIO. Más me valiera morir.
 LEONIDA. Traba.
 SALUCIO. Mengua de trabado,
 me tienes aprisionado.
 LEONIDA. Silvia, bien podemos ir.

JORNADA SEGUNDA

*Son interlocutores: CUPIDO. — DIANA. — BELISA, ninfa,
 y un BOBO.*

- AMOR. Tan leales amadores
 do no reinó ingratitud,
 gozad con la juventud
 de vuestros dulces amores
 ajenos de senectud.
 Allegaos á mi bandera,
 aprovechaos de mi ser,
 pues con todo mi poder
 á cualquiera que me espera
 tengo de favorecer.
 Quien no fuere enamorado
 procure tomar amor,
 que yo le daré favor;
 nadie viva descuidado
 de mi ser, nombre y valor.
 Mi valor es infinito,
 y de mi propio albedrío
 tengo muy gran poderío;

que aunque de cuerpo chiquito
 es mucho mi señorío.
 Aquí quiero reposar,
 en medio desta frescura,
 donde aquel que amor procura
 puede venir á buscar
 en mí el fin de su ventura.

(Aquí se echa á dormir el dios de Amor, y entra Diana y una ninfa suya, llamada Belisa.)

- BELISA. Diana, señora mía,
 diosa de la Castidad,
 en esta selva os holgad;
 dejemos la montería
 y un poquito descansad.
 DIANA. Que se haga al momento;
 ve y mira hacia aquel lado
 quién es aquel que fué osado
 á entrar sin mi mandamiento
 en este mi ameno prado.
 BELISA. Un niño veo allí estar,
 entre las yerbas tendido.
 DIANA. Parece que está dormido.
 ¡Qué arco para tirar,
 tan dorado y tan polido!
 BELISA. Mi señora, si mandáis,
 antes que lo despertemos
 arco y aljaba tomemos,
 ques bien que vos lo tengáis.
 DIANA. Sea así, despertarle hemos.
 BELISA. Niño, levántate de ahí,

- que duermes muy descuidado.
 AMOR. ¿Quién es que me ha despertado? ¹
 BELISA. Quien quiere saber de ti
 por qué entraste en lo vedado.
 AMOR. Ninguna cosa hay vedada
 á mi supremo poder;
 yo lo puedo bien hacer.
 BELISA. ¿Vos podéis?
 AMOR. Sí.
 BELISA. Mas no nada.
 AMOR. ¡Á fe que sois bachiller!
 Paso, doncella, callad;
 suplicooos no os desmandéis
 si mi favor pretendéis;
 que si me enojo, mirad,
 creo os arrepentiréis.
 DIANA. ¿Y qué la puedes hacer?
 AMOR. Lo que puedo hacer á vos.
 DIANA. ¿Vos á mí?
 AMOR. Á entrambas á dos.
 DIANA. Mucho lo deseo saber :
 declarádmelo, por Dios.
 AMOR. Yo te puedo sujetar,
 y hacer libre si quisiere,
 que do mi poder pusiere,
 nadie se puede escapar
 por alto ó bajo que fuere.
 Príncipes y emperadores

¹ En el original «¿Quién es el que me ha despertado?», que es verso largo.

- hago que vivan sujetos
 á mí y cumplan mis preceptos;
 soy señor sobre señores;
 son muy grandes mis secretos.
 DIANA. Por cierto yo nunca vi
 quien de tanto se jatase,
 ni su poder alabase
 como tú; ¿quién eres, di,
 para que me sujetase?
 AMOR. Mi propio nombre es Cupido,
 de amadores celebrado,
 por Venus diosa criado,
 de casta afición nacido,
 y entre buenos sustentado.
 Uso con mi gran poder
 de todo lo que me pago,
 á unos sano, á otros llago,
 al fin lo que quiero hacer
 luego lo hago y deshago.
 DIANA. ¿Qué dices de tal blasón
 y bravo encarecimiento?
 BELISA. Todo lo que dice es viento,
 pues no va sobre razón
 fundado su pensamiento.
 AMOR. Dama, mucho os atrevéis
 con palabras á ofenderme;
 habiendo de obedecerme,
 poco respeto tenéis;
 no acabáis de conocerme.
 BELISA. Ya acabo de conocer

- tu falsedad y tu engaño.
- AMOR. Catad, dama, que me ensaño.
- BELISA. Ensaña; ¿qué me has de hacer con que yo reciba daño?
- DIANA. Mucho os ensoberbecéis, ciego amor, falso, roncero, cauteloso y lisonjero.
- AMOR. Pues agora lo veréis.
- DIANA. No me espanta vuestro fiero.
- AMOR. ¿Qués de mi arco y aljaba y dorados pasadores? Volvémele á dar traidores; ¿quién me lo quitó do estaba?
- DIANA. Calla, Cupido, no llores.
- AMOR. Dadme mi arco, acabá; no usurpéis mi gran tesoro: aplaceos de ver mi lloro.
- BELISA. ¿Por qué lloras?
- DIANA. Porque está puesto en los cuernos del toro. Porque otra vez tan airado, Cupido, no amenacéis, será justo que paguéis vuestra soberbia y pecado porque á ninguno llaguéis. Y vos, mi sierva, al momento estas mis cintas tomad y pies y manos le atad al Amor, pues miramiento no tuvo á mi majestad.

- AMOR. ¡Oh, gente tan importunal
¿Por qué no os doléis de mí?
No me maltratéis así.
- DIANA. Llegalde á ese verde planto ¹
y quédese atado ahí.
- BELISA. Cupido, la gravedad
es bien que de hoy más perdáis.
- DIANA. Mira bien como le atáis,
Belisa; buen ñudo dad.
- AMOR. ¡Paso, paso, que apretáis!
- DIANA. Ea; pues le habéis atado,
su arco y [sus] flechas quiero
que se quede aquí colgado
y fjalde este letrado
que publique su pecado;
y es que ningún amador
sea osado á desatalle
de donde está, ni quitalle,
so pena que el mesmo Amor
después venga á castigalle.
- BELISA. Todo eso es puesto ya,
con su despojo colgado,
en este ramo cortado.
- DIANA. Vamos, que él queda ya
eual merece su pecado.
- BELISA. Señor Amor, ¿cómo estáis?
- AMOR. Cualquiera ha querido ².
- BELISA. ¡Oh, mi señor dios Cupido,

¹ La rima pide otra palabra, acaso «cuna».

² No hace sentido este verso y además es corto.

- algo corrido quedáis;
á fe que quedáis corrido!
- DIANA. Vámonos, mi servidora;
dejémosle en su pasión.
- BELISA. Que se vaya, y su prisión
se publique, mi señora.
(Digan dentro una canción.)
« Castidad deja á Cupido,
mal su grado,
preso, rendido y atado.»
(Aquí entra un bobo cantando.)
- BOBO. Mal vos dicen los oriellos,
Catalina y decían ellos.
- AMOR. ¡Cómo cantas descuidado!
¡Qué ajeno vas de tristura!
Dos palabras, por medida.
- BOBO. ¡Oh, señor asaeteado,
para bien sea la postural,
que según le asaetearon
llamase á menor de edad.
- AMOR. Preso estoy, ¡qué torpedad!
- BOBO. Á fe que no le amarraron
á él por bueno, ¿no es verdad?
Á fe, á fe, que si él fuera
mozo de bien y honrado,
que no estuviera amarrado;
más bien se ve en su manera
ser rapaz desvergonzado.
¿Hurtastes algo del Rastro?
- AMOR. No, que yo no soy ladrón.

- BOBO. ¿Pues cómo estáis en prisión?
¿Llamaste á alguien padrastro,
ó por qué fué la prisión?
- AMOR. Mal conoces mi grandeza
y mi valeroso ser.
- BOBO. ¿Que no os quiero conocer?
¡Oxe qué bonita pieza
debe su mercé de ser!
- AMOR. Amigo, estoy sin justicia
atado á mi despesar.
- BOBO. Sí, en esto no hay que dudar;
que al señor por su malicia
le debieron amarrar.
- AMOR. Suéltame si eres servido
desatándome de aquí,
y habrás galardón de mí.
- BOBO. ¿Cómo os llaman?
- AMOR. Cupido.
- BOBO. ¿Escupido? ¡Oxe de ahí!
¿No veis qué bonita pieza?
¿Queríades os desasir
para después me escupir
por el pescuezo y cabeza
sin poderme rebullir?
- AMOR. Mira que soy el Amor.
- BOBO. ¡Oy, quién le hubiera soltado;
que humor me diera en un lado
con tan terrible dolor,
que me dejara pelado
el humor y el escupido!

¡Mirá qué cosa tan buena!
 AMOR. Poco te queja mi pena.
 Soy el dios de Amor, Cupido.
 BOBO. Seldo mucho en hora buena.
 Tan chiquito y ballestero,
 no está sin causa el señor
 puesto como malhechor
 amarrado á este madero.
 Él debe ser salteador,
 ya no le faltó rencilla
 al que os puso dese son;
 ¿por qué para más baldón
 no os puso una campanilla,
 como á muchacho y ladrón?
 Pero yo os prometo á Dios
 que yo vaya muy aína
 por los niños de dotrina
 que os den una disciplina,
 después que vengan por vos.
 AMOR. No causes más mis dolores;
 vete, rústico pastor.
 ¿No vendrá algún amador,
 que á trueque de dalle amores
 libertase al dios de Amor?
 Venus, diosa, madre mía,
 ¿por qué no me socorréis?
 Si de mi prisión sabéis
 no es posible si alegría
 en vuestro pecho tenéis.
 Mirad mi triste ventura,

mi pompa y sublime estado
 en cuánto mal ha parado,
 pues á un árbol de amargura
 me dejaron amarradado.
 ¡Oh, madre, perdido soy!
 Fortuna, ¿no me oyes, di?—Di.
 ¿Quién está detrás de mí
 que mis palabras oyó?—Yo.
 ¿Quién, quien me respondió
 con yo, áspero y seco?—Eco.
 ¿Por qué me hablas tan hueco?
 ¿Quién eres? deja el donayre.—Aire.
 Dime, deja ese desgayre:
 ¿Podréme soltar de así?—Sí.
 Y eso, ¿cuándo será, di:
 será tarde, presto, ó luego?—Luego.
 Y ¿qué saldré deste fuego?
 Habla, di: ¿el no ó el sí?—Sí.
 Esto no es cosa de juego;
 pues, alto, yo espero aquí
 libertad si place [á] Dios.—Dios.
 Él mismo vaya con vos,
 no olvidándose de mí,
 porque se acuerde de vos.

JORNADA TERCERA

*Son interlocutores: SALUCIO, y PETRONIO, y LEONIDA,
SILVIA y CUPIDO.*

LEONIDA. Si no me engaña el sentido,
á tiempo y sazón llegamos
donde lo que deseamos
determinará Cupido,
por cuya causa penamos.
Que si la vista no miente
á la ajena voluntad,
ya le tenemos presente.

SALUCIO. Para que nos sea patente
es bien nos deis claridad.

SILVIA. Nosotras no la tenemos
para podéros la dar,
mas podemos desatar
las vendas que atado os hemos
en el injusto lugar.

PETRONIO. Silvia, lo que tú quisieres
ordena en esta jornada;
que siendo por ti ordenada,
la sentencia que tú dieres
no podrá ser revocada.

SILVIA. Leonida, quita al pastor
la venda que le pusiste.

LEONIDA. Y tú, Silvia, pues registe,
hazle esta gracia y favor,
pues por Salucio volviste.

SILVIA. Ésta dala por quitada.

LEONIDA. Pues yo no soy perezosa,
que ésta vesla aquí quitada.

SALUCIO. Leonida, muy graciosa.

PETRONIO. ¡Oh, Silvia, muy agraciada!

SILVIA. ¡Sus!, déjese esa porfia,
y pastores, caminemos,
dar fin á lo que queremos,
porque antes que pase el día
libres y exentos quedemos;
y si dais consentimiento,
Salucio, pues es pastor
de capaz entendimiento,
es bien que lleve ante Amor
á relatar nuestro cuento.

SALUCIO. Que se haga, ¡sus!, lleguemos
adonde Cupido está,
el cual determinará
esta cuestión que traemos.
Alto, ¡sus!, vamos allá;
que, pues me habéis otorgado
tan señalado favor,
aunque rústico pastor,
me habré de mostrar osado
en hablar ante el Amor.
Mas ¿qué digo?, ora mirad
que si no estoy engañado

- paréce[me] que está atado.
 PETRONIO. Creo que dices verdad.
 ¡Oh, caso nunca pensado!
 ¿Quién creyera que á Cupido
 ninguno pudiera atar
 ni bastara á sujetar?
 AMOR. Pastores, de gracia pido
 os queráis acá llegar.
 SALUCIO. Cupido, di[nos] qué quieres,
 que aunque, Amor, estés atado,
 si podemos á tu estado
 servir, di lo que quisieres,
 que lo haremos de buen grado.
 Porque, Amor, á ti traemos
 cierta causa á sentenciar,
 querémoste suplicar,
 porque conclusión le demos,
 lo quieras determinar.
 AMOR. Pues desatadme, pastores,
 que yo soy el dios de Amor,
 y si esto hacéis amadores,
 de mí habréis el galardón ¹
 que requieren los amores.
 SALUCIO. Por eso no ha de quedar.
 Petronio, ayúdame aquí.
 PETRONIO. Pláceme de te ayudar.
 SALUCIO. ¿Resta más?
 AMOR. Sí.

¹ No rima.

- SALUCIO. ¿Qué? ¹
 AMOR. Alcanzar mi arco de allí.
 SALUCIO. Cupido, ¿qué novedad
 es esta deste blasón?
 AMOR. Por me dar mayor baldón
 le puso la Castidad
 cuando me dejó en prisión.
 SALUCIO. Pues di: ¿cómo te prendió?
 AMOR. Como estaba sin sentido
 al pie deste árbol dormido,
 arco y flecha me quitó,
 por do me dejó prendido.
 LEONIDA. Salucio, en conversación
 di luego y con brevedad
 lo que puso ahí Castidad:
 veamos qué dice el blasón.
 SALUCIO. Á mí me place; escuchad:
Blasón.
 «Preso como veis así
 Castidad dejó al Amor
 por alevoso y traidor:
 quien le quitare de aquí
 que muera [de] desamor.»
 AMOR. No tengáis miedo, pastores,

¹ Quizá se escribiesen estos dos versos así:

- SALUCIO. ¿Resta más?
 AMOR. Sí.
 SALUCIO. ¿Qué?
 AMOR. Alcanzar
 aquese mi arco de allí.

de mí, porque soy piadoso,
 conversable y amoroso,
 niño tierno y dios de amores,
 que lo feo hace hermoso.
 Desechad toda sospecha
 del blasón de Castidad,
 y si mandáis, alcanzad
 de donde están arco y flecha,
 y vuestra cuestión contad.

SALUCIO. Toma, y si fueres servido,
 oye nuestra petición
 y danos resolución
 de lo que será pedido
 ante ti.

AMOR. ¡Sus!, di, garzón.

SALUCIO. Ya está claro y conocido
 que reyes y emperadores,
 duques y grandes señores,
 los sujetas, gran Cupido,
 hasta los pobres pastores.
 Pues si esto es pública fama,
 ¿por qué no usas de clemencia
 con el que das tal dolencia,
 y la hieres á su dama
 de un amor sin diferencia?
 Mira que es de muy rapaces
 andar con este halago
 á «pagóme, no me pago»
 y con cara con dos haces
 hacer en todos estrago.

¿No tienes muy claro y visto
 que si lo que digo aquí
 lo haces, Cupido, así,
 [no] ¹ vendrás á ser bienquisto
 y todos reirán de ti?

AMOR. Pastor, muy osadamente
 has propuesto tu razón ²;
 espérate sin pasión,
 y da razón suficiente,
 porque me das tal baldón.

SALUCIO. Porque por amor muriese
 de Leonida me forzaste,
 y á Petronio sujetaste
 que por Silvia se perdiese,
 y con su amor nos llagaste.
 Pues procurando saber
 si era dellas conocido
 lo que las hemos querido,
 dicen que nuestro querer
 y afición en balde ha sido.
 Porque Leonida se muere
 por Petronio, este pastor,
 y á él Silvia da dolor;
 Silvia dice que á mí quiere,
 yo á Leonida tengo amor.
 Gastamos desta manera
 con los amores trocados

¹ En el original dice «que» en lugar de «no», lo cual no forma sentido.

² En el original «corazón».

nuestros tiempos mal gastados,
de suerte que nadie espera
ver remedio en sus cuidados.

Queremos te suplicar
remedies nuestras pasiones
mudando las aficiones,
para que vengan á estar
en uno dos corazones.

Y esto es lo que deseamos,
y este bien sólo queremos;
esto es lo que pretendemos,
y esto, Amor, te suplicamos:
en tus manos nos ponemos.

AMOR.

La grande misericordia
que de mí hubistes, pastores,
me obliga á daros favores
y á otorgaros la victoria ¹
que requieren los amores.
Teneldo en mucho, que á reyes
jamás otorgué este don,
sino mirá mi blasón,
mis capítulos y leyes
cuán fuera van de razón.
Y pues á me libertar
venistes á mis prisiones,
mudaréis las aficiones,
para que vengan á estar
en uno dos corazones.

¹ No rima «victoria» con «misericordia»; probablemente escribiría el autor «concordia».

Por tanto, luego decid,
mis leales amadores,
por conformar los amores:
¿cuál queréis que mude aquí,
las pastoras ó pastores?

SALUCIO.

En la ley de bien amar
ya tú nos mandas, señor,
que sea firme el amador;
que quien se quiere mudar
no terná perfecto amor.
Así, que el perfecto amante,
cuando muy de veras ama
y arde en amorosa llama
ha de estar firme y constante
en el amor de su dama.
Así que digo y confieso
que el leal enamorado,
antes muerto que mudado;
y esto de mi mano firmo
y doy por averiguado.

PETRONIO.

Yo soy de aquesa opinión
y en esa ley de amor muero,
y así tengo por muy vero
que el que muda su afición
no tiene amor verdadero.
Y pues tú, Cupido, eres
quien tiene todo el poder,
aquesto puedes hacer:
muda, señor, las mujeres,
que mudables suelen ser.

- LEONIDA. No tienes razón, pastor,
en apocar nuestro ser,
que en la ley del bien querer
no hay más verdadero amor
que el amor de la mujer.
- SILVIA. Eso ya es claro y probado
y pública voz y fama,
que cuando la mujer ama,
ama con amor doblado,
y doblado arde su llama.
- PETRONIO. En eso tiene razón;
no son menester más jueces,
sino ver que muchas veces
donde ponen su afición
la ponen con mil dobleces.
- LEONIDA. Petronio, calla tu lengua
y de mujeres no digas
mal ninguno, que te obligas
á quedarse en ti la mengua
y [á] ellas ser tus enemigas.
Mas, pues, Cupido, en amor
ellos son los variables,
los traidores y mudables,
los hombres puedes mudar,
y en las mujeres no hables.
- AMOR. Por fuerza de mudar hemos
los dos de los amadores.
- SILVIA. Sea, Cupido, á los pastores.
- PETRONIO. Antes los dos moriremos
que mudar nuestros amores.

- AMOR. ¡Sus!, pues no queréis que mude
á los dos los corazones,
estaos con vuestras pasiones
hasta que el tiempo os ayude
á mudar las aficiones.
Y pues en los corazones
padecéis mortales penas,
quiero con estas cadenas
meteros en mis prisiones.
- SILVIA. Hágase, Amor, como ordenas.
- AMOR. ¿No es éste grave dolor,
que los grandes y menores,
cortezanos y pastores,
todos dicen mal de amor
y al fin se mueren de amores?
Veislos presos y cautivos;
más no quieren libertad :
ea, amadores, caminad
cantando, porque los vivos
conozcan mi majestad :

Canción.

«Buscando venimos
remedio de amores,
volvemos peores.
Soltad, pastores,
soltad al Amor,
por haber favor.»

FIN